

**Temas antidemocráticos e identidad nacional en la cultura política del cono sur.
Un panorama comparativo de seis trayectorias históricas del siglo XX**
Cristian Buchrucker

Cristian Buchrucker es Investigador del CONICET, Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo, y Miembro del Instituto Multidisciplinario de Estudios Sociales Contemporáneos, de la Facultad de Filosofía y Letras de esa Universidad. Centro Universitario, Parque Gral. San Martín, (5500) Mendoza, Argentina. Tel (0261) 449 4006. E-mail: buchrucker@logos.uncu.edu.ar

Resumen

Este trabajo se ocupa de la problemática de la identificación, comparación y explicación del peso histórico que tuvieron los componentes antidemocráticos en la cultura política del «Cono Sur» (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia) a lo largo del siglo XX. El marco analítico propuesto sigue tres ejes: a) las concepciones básicas de la legitimidad política y social, b) la caracterización de la identidad nacional y c) las variantes aceptadas de relacionar el poder civil con las fuerzas armadas. Los temas antidemocráticos del pasado reciente se encuentran al menos en tres conglomerados ideológicos de especial importancia: el liberalismo conservador, el nacional-populismo y el conservadurismo autoritario. En lo cronológico, el panorama comparativo se articula en dos eras: la del «conflicto tripolar» (aproximadamente 1914/18-1945) y la de la bipolaridad (1945-1991). Se concluye con un esbozo explicativo que establece conexiones entre las mencionadas ideologías, las constelaciones sociopolíticas y la dinámica de las emociones colectivas. En ese contexto se critica la tesis del carácter supuestamente «excepcional» o «inexplicable» de algunas trayectorias históricas sudamericanas.

Summary

This essay discusses questions related to the identification, comparison and explanation of antidemocratic ideas and their historic weight in the political culture of the «Southern Cone» (Argentina, Brazil, Chile, Uruguay, Paraguay and Bolivia) during the XXth. century. It proposes an analytic frame with three lines of enquiry: a) basic ideas about political and social legitimacy, b) characterization of national identities and c) diverse types of civilian-military relationship. The antidemocratic topics of the recent past can be found (at least) in three important ideological formations: conservative liberalism, national populism and authoritarian conservatism. Chronologically this comparative panorama is articulated in two eras, the period of «tri-polar» conflict (roughly 1914-1945) and the era of bi-polarity (1945-1991). The essay ends with an explanatory outline that connects the above mentioned ideologies with socio-political coalitions and the dynamics of collective emotions. In this context the thesis of the allegedly «exceptional» or «inexplicable» character of some South American historical paths is criticized.

1. LA CUESTIÓN Y EL MARCO ANALÍTICO

El hilo conductor de este trabajo está dado por la problemática de la identificación, comparación y explicación del peso histórico que tuvieron los componentes antidemocráticos en la cultura política de lo que suele denominarse el «Cono Sur» (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia). Catalogamos como «antidemocrática» a una cultura política (conjunto de actitudes, ideas y valores sistematizados en ideologías) cuando sus componentes principales constituyen impugnaciones explícitas a la democracia u obstáculos indirectos para la aceptación de un sistema caracterizado por la competencia electoral basada en el sufragio universal, la pluralidad de partidos y la garantía constitucional del nivel de libertades civiles y políticas que resulta necesario para la vigencia de los mencionados rasgos de competitividad y participación.¹ En cuanto a la identidad nacional —la cristalización de imágenes ampliamente compartidas por muchos ciudadanos acerca del pasado histórico y su relevancia actual para proyectos colectivos y lealtades institucionales del presente—, consideramos que constituye uno de los principales caminos por los que el estudio puede internarse en la cultura política de una sociedad.²

Cuando se trata de establecer comparaciones significativas y explicaciones para el accidentado camino de la democracia en América Latina siempre ha jugado un rol importante la referencia a la raíz ibérica de esta región. Existe por un lado el enfoque «primordialista» que asigna suprema importancia a los tres siglos coloniales. Dentro del mismo se encuentran dos variantes: a) la que continúa la argumentación del progresismo liberal del siglo XIX, poniendo en la picota el legado autoritario que habría dejado esa época y b) la interpretación neoconservadora que concibe la tradición ibérica —«autoritaria y corporativa»— como una realidad duradera, distinta a la democracia, pero que sería viable y aceptable aún a fines del siglo XX.³ Por otro lado, en lo que a dicho siglo se refiere, existe desacuerdo acerca de la identificación del lugar ideológico preciso en el que habría que ubicar los elementos antidemocráticos. Para algunos autores se trataría del «populismo», mientras que para otros, la clave estaría en las dictaduras militares. Tampoco reina acuerdo general acerca del peso relativo que en ambas categorías habría que asignarle a factores endógenos frente a influencias exter-

¹ Véanse definiciones similares en Tatu Vanhanen, *Prospects of Democracy: a study of 172 countries*, Londres/N. York, Routledge, 1997, pp. 29-31.

² Véase Cristian Buchrucker, «Notas sobre la problemática histórico-ideológica de la identidad nacional argentina», en: Mario Rapoport (ed.), *Globalización, integración e identidad nacional*, Buenos Aires, GEL, 1994, pp. 311-312.

³ Para la primera variante resulta representativo el ensayo de José García Hamilton, *Los orígenes de nuestra cultura autoritaria*, Buenos Aires, Albino y asoc., 1990; para la segunda: Howard J. Wiarda y Harvey F. Kline, *Latin American Politics and Development*, Boulder/Londres, Westview Press, 1985, 1ª parte; y Rosendo Fraga, *La Cuestión Militar, 1987-1989*, Buenos Aires, Ed. Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 1989.

nas relativamente recientes (los fascismos, el securitismo de la Guerra Fría).⁴ Por ahora puede decirse que si bien casi todas estas interpretaciones han aportado algún elemento valioso, muchas veces resulta débil su conexión con la evidencia histórica empírica disponible y frecuentemente carecen de herramientas analíticas convincentes.

El marco analítico aquí propuesto penetra en la cultura política siguiendo tres ejes: a) las concepciones básicas de la legitimidad política y social, b) la caracterización de la identidad nacional y c) las variantes aceptadas de relacionar el poder civil con las fuerzas armadas. Una cultura política democrática implica una combinación de argumentos contractuales-electivos y experimentales-científicos como concepción legitimadora; una identidad nacional constructivista y evolutiva; y finalmente la variante civilista plena, en la que predominan los poderes estatales de origen electivo sobre la jerarquía castrense. En cambio las culturas políticas antidemocráticas se caracterizan por una serie de temas ideológicos que resumimos a continuación.

En el primer eje analítico se encuentran dos legitimaciones tradicionales y una moderna: 1) el argumento religioso (el sistema político y el orden socioeconómico se encontrarían en concordancia con la voluntad divina), y 2) el natural-organicista («la filosofía» enseñaría que los mencionados sistemas surgen de un «orden natural» que asigna funciones a las partes dentro del todo); 3) el argumento «científico» monopólico-tecnocrático (habría una organización poseedora de una ciencia histórica capaz de definir el único proyecto político legítimo y viable, así como a la clase o parte de la sociedad destinada a conducir el resto en la construcción del mismo).

En el segundo eje se ubican las caracterizaciones esencialistas y tradicionalistas. La identidad nacional es definida según una historia entendida a la manera natural-organicista, en la que los pueblos tendrían una «misión histórica» o «legado» que «compromete» a cada generación de manera imperativa.

En el tercer eje son relevantes tres tipos de relación entre civiles y militares, en la medida en que han desarrollado algún grado de producción ideológica: 1) el civilismo restringido (las fuerzas armadas se reservan un rol decisivo en el tratamiento de ciertos asuntos), 2) el militarismo post-revolucionario (luego de una revolución o guerra civil se produce una militarización generalizada del partido triunfante y de la sociedad) y 3) el militarismo contrarrevolucionario (antes o durante una revolución, las

⁴ Véanse diversos enfoques en: Noam Chomsky y Edward S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism* (vol.1), Boston, South End Press, 1979; David Rock, *Argentina 1516-1982*, Berkeley/Los Angeles, Univ. of California Press, 1985; Daniel García Delgado, *Palcos cuestionados. La tradición popular y la democracia*, Buenos Aires, CEAL, 1989; Cristian Buchrucker, «Interpretations of Peronism» y Mariano Plotkin, «The Changing Perception of Peronism», en: James P. Brennan (ed.), *Peronism and Argentina*, Wilmington (Del.), SR Books, 1998.

fuerzas armadas defensoras del orden vigente ocupan las instituciones estatales y reemplazan o subordinan el personal civil).

Desde ya se puede advertir que varios de estos temas antidemocráticos se encuentran en al menos tres de los cuatro conglomerados ideológicos que predominaron en el Cono Sur: el *liberalismo conservador*, el *nacional-populismo* y el *conservadurismo autoritario*. De allí que este trabajo se ocupe fundamentalmente de esas formaciones históricas.

Sobre la periodización elegida conviene partir del hecho de que esta parte del mundo tiene carácter periférico, es decir, que sus sociedades no se pueden estudiar sin reconocer el importante papel jugado por continuos procesos de recepción, reacción y adaptación frente a desafíos económicos, políticos e ideológicos originados en Europa y Estados Unidos. Tomando como base la idea del «siglo XX corto», se propone aquí un primer período —«la era del conflicto tripolar»— caracterizado por la influencia de los siguientes factores de cambio que sepultaron para siempre la sociedad autocomplaciente del siglo XIX: la Primera Guerra Mundial y la oleada democratizadora que duró hasta los tempranos años 20; el surgimiento de un nuevo modelo revolucionario de pretensiones universalistas (la URSS); la crisis económica mundial de 1929-34 y finalmente el ascenso de las dictaduras de extrema derecha en Europa, encabezadas por los fascismos y dedicadas a difundir un mensaje a la vez antisocialista, antiliberal y antidemocrático. En la cultura política latinoamericana de la época se produce la elaboración de la propia problemática con diversas respuestas a esos estímulos externos.

En el segundo período («la era bipolar», 1945-1989/91) desaparece el polo de las dictaduras fascistas y semifascistas como alternativa de poder mundial. Quedan frente a frente los bloques encabezados por EEUU y la URSS, aunque especialmente en lo que ahora se llamará «Tercer Mundo» se dieron tenaces experimentos con políticas e ideologías que evitaban una identificación incondicional con aquellos gigantes. Hay que mencionar también dos procesos de enorme impacto en la región: por un lado, la decadencia del modelo económico de industrialización sustitutiva iniciado en la era anterior y el mediocre resultado de los intentos de construir alternativas; por el otro, la transformación modernizadora del catolicismo a partir del Concilio Vaticano II, hecho que abrió perspectivas nuevas para las relaciones entre la Iglesia, la cultura y la política.

2. EL CONO SUR EN EL SIGLO XX

2.1. La era del conflicto mundial tripolar

El cuadro cronológico comparativo permite reconocer tanto paralelismos como asincronías en lo que se refiere a los períodos de crisis y diferencias en lo que se refiere a la vigencia del conglomerado ideológico liberal-conservador, la formación histórica

hegemónica al comenzar el siglo. En el modesto espacio de este trabajo sólo es posible mostrar las grandes líneas de un complejo panorama, en el que se cruzan convergencias y divergencias, continuidades y rupturas.

CUADRO COMPARATIVO DE LAS TRAYECTORIAS IDEOLÓGICAS

Argentina	Brasil	Chile	Uruguay	Paraguay	Bolivia
La hegemonía del liberal-conservadurismo (república oligárquica, 1880-1916)	Hegemonía liberal-conservadora (república «vieja», oligárquica, 1889-1930)	Hegemonía liberal-conservadora (1891-1924)	Hegemonía liberal-conservadora (1876-1903)	Hegemonía conservadora (1870-1904)	República oligárquica de alta inestabilidad institucional
La hegemonía de la democracia liberal (1916-30)			Liberalismo democrático y reformismo social (batllismo, 1903-33)	Inestable «era liberal» (1904-35)	
Ruptura institucional, intento autoritario (1930-32) y retorno del conservadurismo (1932-43)	Ruptura y populismo autoritario (varguismo, 1930-45)	Crisis y transición (1924-32)	Crisis e intento semi-autoritario (1933-38)	(Impacto sociopolítico de la Guerra del Chaco)	(Impacto sociopolítico de la Guerra del Chaco)
Ruptura institucional, intento nacionalista-restaurador y formación del populismo (peronismo, 1943-46)		Proceso reformista Hacia la democracia liberal (desde 1932 y más allá de la 2ª Guerra Mundial)			

Argentina

Ya en su etapa clásica de hegemonía, el liberal-conservadurismo argentino había tenido que escuchar el reproche de no enfrentar la contradicción que albergaba en su seno: la legitimidad constitucional teórica surgía del sufragio universal, pero en la práctica «elegían los gobiernos» a través del fraude sistemático. La visión que tenía de sí misma la minoría dirigente combinaba los temas natural-organicistas y tecnocráti-

co: el país se encontraba en manos de las «clases cultas», las únicas capacitadas para encauzar a las multitudes (criollas e inmigratoria) en la senda del progreso. Algún día –en un futuro nebuloso– llegaría esa gente a la «madurez» necesaria para decidir por su cuenta. La apertura de la competencia electoral auténtica, iniciada en 1912 por el Presidente Roque Sáenz Peña, estuvo pensada originalmente como un cauteloso paso hacia la incorporación de los liberal-demócratas (la «Unión Cívica Radical») al sistema, siempre que se contentasen con el rol de oposición leal. Cuando esta fuerza ganó las elecciones presidenciales en 1916, los conservadores reaccionaron con estupor y se sintieron confirmados en sus peores sospechas: no se podía confiar en «las masas», conducidas por «demagogos» como el radical Hipólito Yrigoyen.

A lo largo de los años siguientes, el impacto de la Revolución Rusa, la militancia obrera, la reelección de Yrigoyen (1928), el ejemplo del fascismo italiano y la crisis económica mundial terminaron por engendrar la ruptura institucional con el auxilio de un sector del Ejército. Comenzó por entonces una curiosa alianza táctica entre el recién nacido nacionalismo restaurador y el liberal-conservadurismo, basada en el común propósito de reprimir las masas radicales y el movimiento obrero. Entre 1932 y 1943 regresó al centro del poder el liberal-conservadurismo, más convencido que nunca de que el fraude electoral era una acción «patriótica». Desencantados de este resultado, porque deseaban un régimen abiertamente autoritario más cercano al fascismo europeo (que se perfilaba con el Gral. Uriburu en 1930), los nacionalistas restauradores comenzaron su larga búsqueda de caudillos, preferentemente militares.

El golpe de 1943, que desalojó al desprestigiado régimen conservador (de «liberal» le quedaba bien poco), tuvo una primera etapa que pareció realizar las esperanzas de ese nacionalismo de ultraderecha. Escasos en número, pero con cierto eco en sectores de la juventud universitaria, la Iglesia y las Fuerzas Armadas, difundían un mensaje cerradamente antiliberal, antidemocrático y antisocialista: el regreso a la legitimación religiosa y organicista de la política y la sociedad (de allí el «corporativismo»); la reivindicación de una «misión rectora» para la Argentina, pero también la imagen de la nación como una de las víctimas de la universal conspiración «judeomasónica y comunista», en la que estarían involucrados la mayoría de los políticos civiles. El resultado lógico era militarismo contrarrevolucionario.⁵ Tanto la constelación real de fuer-

⁵ Para esta etapa histórica véanse: Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987 (reed. 1999), partes II y III; Torcuato Di Tella, *Historia Social de la Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Troquel, 1998; Sandra Mc Gee Deutsch, «La derecha durante los primeros gobiernos radicales, 1916-1930»;

y Ronald Dolkart, «La derecha durante la Década Infame, 1930-1943», en: David Rock et al., *La derecha argentina*, Buenos Aires, J. Vergara Ed., 2001; Carlos E. Egúes, «El pensamiento político (1914-1943)», en: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina, 7, La Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Planeta, 2001, cap. 12.

zas dentro del país, como la coyuntura mundial, con la derrota del Eje, le quitaron oportunidades de continuidad a este segundo intento restaurador. Le sucedió —con un inesperado éxito en elecciones sin fraude (1946)— una heterodoxa amalgama de diversas corrientes ideológicas y sectores sociales, liderada por un jefe militar. Con Juan Perón se inició la variante argentina del nacional-populismo, cuya incidencia en la historia argentina sería de gran importancia en la siguiente era.

Brasil

El liberalismo conservador brasileño presentaba un perfil ideológico bastante similar al argentino: un discurso superficial basado en una constitución de cuño norteamericano, y una convicción profunda de que la democracia era inadecuada para el país, donde era imprescindible proteger el «orden» y el «progreso» de «las masas de piel oscura, ignorantes y rebeldes». Una acitada maquinaria electoral en manos de los gobernadores y grandes propietarios rurales bloqueaba toda posibilidad opositora. El régimen logró mantenerse mucho más tiempo que en la Argentina, al no surgir un movimiento democrático tan masivo como el radicalismo: la oposición, creciente pero muy fraccionada («tenientes» nacionalistas en el ejército, anarquistas y sindicalistas en algunas ciudades) fue duramente reprimida en la década del 20. Hizo falta el golpe de gracia —la crisis económica— para provocar un pronunciamiento militar que inició una nueva era bajo la presidencia provisional de Getulio Vargas.

Después de algunos años de transición y de vacilaciones Vargas se decidió por lo que fue la primera versión del nacional-populismo brasileño, imponiendo con el apoyo militar la Constitución de 1937 y su «Estado Novo». En este sistema se recogían algunas aspiraciones gremiales (en un rígido marco corporativo controlado por el Estado) y el nacionalismo industrializador de sectores empresarios, pero también se acentuaban los rasgos autoritarios que ya existían en la cultura política del país. Hasta 1945 Vargas se mantuvo en el poder sin elecciones democráticas, en un clima ideológico que favorecía los argumentos organicistas y tecnocráticos de legitimidad (aunque esta vez al servicio de una coalición sociopolítica más moderna que la de la república oligárquica). Por otro lado, el hecho de que fuesen duramente reprimidos tanto el comunismo (1935), como el «integralismo» de extrema derecha (1938) le confería al varguismo un aire más «moderado» del que realmente tenía en esos años. Justamente el «integralismo» fue el intento de implantar en Brasil un régimen y una ideología copiados del modelo fascista. Como organización política, durante un cierto tiempo los integralistas llegaron a ser más fuertes que sus equivalentes argentinos, los nacionalistas restauradores, aunque éstos quizás los superaron en su persistente influencia en los ámbitos educativos.

Vargas hizo una política pronorteamericana durante la Segunda Guerra Mundial, pero eso no impidió el crecimiento del descontento y el desprestigio de un sistema que guardaba demasiadas similitudes con las dictaduras derrotadas en Europa. Los militares forzaron el retiro de Vargas en 1945, hecho que se realizó de manera poco traumática. Recapitulando, puede decirse que el Brasil de la era tripolar había abandonado tardíamente su adhesión a una versión arcaica del polo liberal (la República oligárquica) para saltar al experimento populista antes que la Argentina, sin pasar por una etapa liberaldemocrática como la que tuvo nuestro país entre 1916 y 1930.⁶

Chile

Uno de los datos fundamentales para la historia de la cultura política chilena está dado por la temprana emergencia de la organización y el activismo sindical y político, proceso que en la segunda década del siglo marcó el inicio del fin de la República oligárquica. Un impulso para combinar las demandas democratizadoras de las clases medias con el reformismo social llevó a la presidencia de Arturo Alessandri (1920-24). Con todo, en el Partido Nacional siguió siendo fuerte la posición liberal-conservadora (semejante a la argentina de la época), según la cual se identificaba «la clase terrateniente» con «la libertad efectiva, el orden y la autoridad» y se catalogaba el reformismo como un «serio peligro socialista».⁷ El saldo más importante del período siguiente fue una nueva constitución de tipo presidencialista (1925), pero en lo esencial se trató de una etapa de desestabilización y crisis: el ejército derrocó a Alessandri dos veces, el Gral. Carlos Ibáñez del Campo encabezó una dictadura —que cayó ante una huelga general— y hasta hubo un efímero intento de «república socialista». Mientras que en la Argentina de 1918-21 el alto nivel de huelgas no trajo ruptura institucional, la que recién vino en 1930, en Chile se combinaron el intervencionismo militar y la agitación obrera ininterrumpidamente desde 1924 hasta 1932.

La crisis no alcanzó para introducir el militarismo ni las concepciones abiertamente antidemocráticas de la legitimidad en los conglomerados ideológicos mayoritarios. En la etapa abierta en 1932, la mutua tolerancia en el marco constitucional caracterizó a las

⁶ Sobre Brasil en el siglo XX véanse: Vanina Bambera y Theotonio Dos Santos, «Brasil, nacionalismo, populismo y dictadura», en: Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, Siglo XXI eds., 6ª edición, 1986; Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith, *Modern Latin America*, N.York/Oxford, Oxford University Press, 1984, cap. 5; Kenneth P. Erickson, «Brazil, Corporative Authoritarianism, Democratization and Dependency», en: Wiarda y Kline, op. cit., cap. 9; James D. Cockroft, *América Latina y Estados Unidos. Historia y*

política país por país, México, Siglo XXI eds., 2001, cap. 20. En el marco de un enfoque comparativo general: Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, «La democracia en América Latina desde 1930», en: Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina, 12, Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica/Grijalbo/Mondadori, 1997, cap. 1.

⁷ Ver un representante de esta corriente: Alberto Edward Vives, *La organización política de Chile*, Santiago, Ed. del Pacífico, 1943, pp. 11 y 136.

relaciones entre las fuerzas de centro derecha y las de un «Frente Popular» (radicales, comunistas y socialistas). Tampoco Chile pudo mantenerse enteramente inmune frente a la seducción del polo fascista de la política mundial: hubo una breve etapa de crecimiento para un partido «nacionalsocialista», que intentó un golpe de estado y fue duramente reprimido. Pero para asombro de observadores dogmáticos, entre 1928 y 1946 se sucedieron gobiernos frentepopulistas, sin que se produjera una reacción militar como la que derribó al mucho menos izquierdista Yrigoyen en la Argentina de 1930. No es sorprendente que al terminar esta etapa Chile apareciera ante los ojos del mundo como uno de los pocos lugares de América Latina en donde los procesos de cambio se encarrilaban en los cauces del reformismo democrático, en notable contraste con las trayectorias argentina y brasileña. Esta modalidad, republicana, multipartidista y pragmática se perfilaba como una respuesta exitosa frente a las tesis fascistas y ultraconservadoras que planteaban la supuesta incapacidad de la democracia para hacer frente a los desafíos originados en «las masas» y la deprimida economía de los años 30.⁸

Uruguay

La etapa liberal-conservadora uruguaya fue algo más agitada que su equivalente argentino, dada la frecuencia del conflicto armado entre los dos grandes partidos tradicionales, el «colorado» (liberal) y el «blanco» (conservador). Los blancos se veían a sí mismos como representantes de «la tradición caballeresca y patricia del Uruguay», frente al «partido de los inmigrantes».⁹ Pero este país inició antes que cualquiera de sus vecinos el experimento destinado a moldear una cultura política realmente democrática incluyendo la construcción de un «Estado del Bienestar». Este fue el logro de la etapa histórica signada por el predominio de la figura del José Batlle (presidente en 1903-7 y 1911-15) y su renovación del «coloradismo». Los obvios paralelos que podrían establecerse con Yrigoyen y el radicalismo se extienden hasta el golpe de 1933 y el intento semiautóntario subsiguiente, proceso que en la Argentina correspondería a la etapa 1930-43.¹⁰

Sin embargo, las diferencias son más significativas. La tarea de reformismo social que realiza el batllismo antes de la crisis mundial, recién será encarada en magnitudes comparables en la Argentina a partir de 1943. Ninguno de los temas ideológicos anti-democráticos que hemos mencionado en la primera sección de este trabajo logró pre-

⁸ Véanse Belarmino Elgueta y Alejandro Chelén, «Breve historia de medio siglo en Chile», en: González Casanova, op. cit.; Skidmore y Smith, op. cit., cap. 4; Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela, «Chile and the Breakdown of Democracy», en: Wiarda y Kline, op. cit., cap. 10; J.D. Cockroft, op. cit., cap. 17.

⁹ Alberto Zum Felde, *Evolución histórica del Uruguay*, Montevideo, Ed. M. García, 1945, pp. 224-225.

¹⁰ Véanse Gerónimo De Sierra, «Consolidación y crisis del capitalismo democrático en Uruguay», en: González Casanova, op. cit.; Taylor, Philip, «Uruguay, the Costs of Inept Political Corporatism», en: Wiarda y Kline, op. cit., cap. 14; Cockroft, op. cit., cap. 19.

sencia significativa en la cultura política uruguaya durante estas décadas. Y finalmente, la etapa crítica de 1933-38, marcada por algunas veleidades semi-autoritarias, terminó por ser una versión muy moderada de lo que fue el lapso 1924-32 de Chile. A partir de 1938 Uruguay retomó la senda que había iniciado Batlle y llegó al final de la Segunda Guerra Mundial como el país del Cono Sur que mostró la menor permeabilidad a la radicalización ideológica desatada por la Revolución Rusa y la oleada del fascismo.

Paraguay

Al comenzar el siglo XX la cultura política del Paraguay presentaba rasgos de autoritarismo, nacionalismo y paternalismo oligárquico muy marcados, que de ninguna manera estaban circunscriptos al partido conservador («colorado» en el léxico político paraguayo), sino que se extendían a sus rivales liberales («blancos»). La distancia entre la realidad y el texto constitucional era enorme y el intervencionismo militar un hábito. Como contrapeso unificador, Paraguay heredaba de los siglos precedentes un proceso de mestizaje (matrimonial y cultural) muy logrado, quizá el más exitoso de Sudamérica.

El período «liberal» de 1904-35 incluyó el bochorno de una guerra civil entre fracciones del blanquismo (1922) y no registró ningún avance significativo en materia de democratización. Las dos guerras mundiales y la Revolución Rusa no fueron influencias decisivas en la trayectoria paraguaya, predominantemente introvertida; en cambio sí habrían de serlo la crisis económica mundial y la Guerra del Chaco (1932-35). Paraguay salió victorioso, pero el gobierno liberal se enfrentó a un activismo nuevo de sectores medios urbanos y militares prestigiados por su desempeño bélico. Se produjo entonces una fragmentación real de los dos partidos tradicionales y una larga era de inestabilidad, en la que la única constante es el progresivo reforzamiento del elemento militar en la decisión de los conflictos políticos. Dadas las condiciones preexistentes no es de extrañar que aparecieran experimentos que oscilaron entre el populismo autoritario varguista y el modelo fascista europeo. Periódicamente fueron desbaratados por competidores con promesas de liberalización y democratización que no se cumplieron.

En los años 30 y comienzos de los 40 Paraguay no logró encauzar los conflictos políticos en un marco constitucional (como lo hicieron Chile y Uruguay), pero tampoco surgieron liderazgos personalistas de influencia duradera (cosa que sucedió en Brasil con Vargas y en Argentina con Perón). Cabe señalar también que un rasgo ampliamente compartido de la identidad nacional paraguaya era el tema de la nación victimizada por sus vecinos poderosos, el que arranca desde la desastrosa guerra de 1865-70. Pero este trauma histórico también se proyectaba al conflicto de los partidos tradicionales: en la versión «colorada» del mismo (reivindicadora del dictador Solano López) esa guerra

definía a los «blancos» (en esa ocasión simpatizantes de Argentina y Brasil) como esencialmente deficitarios en materia de patriotismo.¹¹ Se da aquí un paralelismo con la Argentina. Allí surgió en los años 30 la concepción «revisionista» de la historia, elaborada por el nacionalismo restaurador (y luego parcialmente adoptada por el peronismo y la «izquierda nacional»), según la cual el «liberalismo» no era sino el producto foráneo introducido en el país por los enemigos de Rosas luego de su caída en 1853.

Bolivia

Una simple ojeada al cuadro cronológico permite advertir las similitudes entre las trayectorias paraguaya y boliviana: el liberal-conservadurismo oligárquico se mantiene en el poder hasta muy avanzado el siglo XX y las corrientes liberal-democráticas exhiben una notable debilidad. La inestabilidad institucional y el intervencionismo militar caracterizan el escenario político. Antes de la Guerra del Chaco ha podido afirmarse que no existía una identidad nacional: las profundas diferencias y tensiones regionales, étnicas (en un país con el 60% de población india) y de clase, además de la ausencia de un sistema educativo unificado, lo hacían imposible. En la élite política predominaba el tema de «nación víctima», basado en las importantes pérdidas territoriales del siglo XIX y en especial en el desastroso resultado de la Guerra del Pacífico (1879-82). El eminente lugar de la producción minera en la economía boliviana trajo aparejado el relativamente temprano surgimiento de la organización sindical en dicho sector, así como el inicio de una lamentable tradición de represión policial-militar, que se intensificó durante la crisis mundial (presidencia de Salamanca, 1931-34). En suma, detrás de la fachada «liberal», las élites en realidad adherían a una concepción organicista y aun racista de la legitimidad, la que les parecía algo «natural».

El desastroso final de la Guerra del Chaco abrió una década de efímeros experimentos nacional-populares y autoritarios protagonizados por jefes militares (Toro, Busch y Villarroel), mientras que continuaba el crecimiento del sindicalismo minero, pero también surgía una organización inspirada en la extrema derecha española (la «Falange Socialista Boliviana»). En 1946 una reacción sangrienta pareció retrotraer la situación al predominio de la oligarquía tradicional, aunque con su típica miopía muchos observadores norteamericanos celebraron ese hecho como la supuesta victoria de la «democracia» contra Villarroel, el «dictador militar fascista».¹²

¹¹ Véanse Paul H. Lewis, *Paraguay bajo Stroessner*, México, FCE, 1986; Omar Díaz de Arce, «El Paraguay contemporáneo (1925-1975)», en: González Casanova, op. cit.; Riordan Roett y Amparo Menéndez-Carrión, «Authoritarian Paraguay: the Personalist Tradition», en: Wiarda y Kline, op. cit., cap. 15; Cockroft, op. cit., cap. 16.

¹² Véanse René Zavaleta Mercado, «Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia», en: González Casanova, op. cit.; James M. Malloy, «Bolivia, an Incomplete Revolution», en: Wiarda y Kline, op. cit., cap. 18; Cockroft, op. cit., cap. 15.

2.2. La era del conflicto mundial bipolar

La característica dominante a partir de la derrota del Eje y sus satélites será la virtual incapacidad de cualquier partido o régimen de articular públicamente un discurso explícitamente antidemocrático: los escépticos podrían decir que se abrió una gran era de la hipocresía. Los revolucionarios de extrema izquierda despreciarán la «democracia burguesa», pero defenderán la «democracia popular»; los golpistas de ultraderecha hablarán de la necesidad de crear «primero» las condiciones de orden para

CUADRO COMPARATIVO DE LAS TRAYECTORIAS IDEOLÓGICAS

Argentina	Brasil	Chile	Uruguay	Paraguay	Bolivia
El primer Peronismo (1946-55)	Populismo democrático (1946-64)	Crisis en la coalición de izquierda	Continuación de la síntesis batllista...	Guerra civil (1947) e inestabilidad	Restauración conservadora
Golpe y gobierno militar (1955-58)		Populismo (Ibáñez, 1952-1958)	... y progresiva decadencia		Revolución y hegemonía populista (1952-64)
Coaliciones inestables y golpismo militar (1958-66)	Golpe militar y Conservadurismo autoritario (1964-85)	Liberalismo democrático y reformismo social-católico (Alessandri y Frei, 1958-70)	Transición hacia el autoritarismo (1967-73)	Conservadurismo autoritario (Stroessner, 1954-89)	
Golpe militar y Conservadurismo autoritario (1966-73)		Intento de socialismo democrático (1970-73)			
El segundo peronismo (1973-76)		Golpe militar y conservadurismo autoritario (1973-89/90)	Conservadurismo autoritario (1973-1985)		
Golpe militar y conservadurismo autoritario (1976-83)	Democratización (desde 1985/86)	Democratización (desde 1990)	Democratización (desde 1985)	Democratización (desde 1989)	Democratización (desde 1982)
Democratización (desde 1983)					

luego restaurar una democracia supuestamente «verdadera». La otra constante es que por lo menos hasta los ochenta la tendencia dominante de EEUU será la desconfianza ante las democracias y el apoyo a los conservadurismos autoritarios, campeones del anticomunismo.¹³

Argentina

El primer peronismo es uno de los casos más estudiados en el conjunto de los populismos iberoamericanos. En términos ideológicos se lo puede caracterizar como constituido por los siguientes contenidos básicos:

- un nacionalismo políticamente defensivo frente a lo que se percibe como el hegemonismo global de las superpotencias, a lo que se agrega un programa económico de industrialización sustitutiva de importaciones;
- el antagonismo entre la «oligarquía» y una concepción sustancialista de la democracia;
- la conexión entre la proclamada armonía de las clases sociales no oligárquicas («el pueblo»), el objetivo de la «justicia social» y un Estado fuertemente dirigido;
- el rol central del «líder» carismático, frente a la relativa debilidad de las instituciones.

Si se comparan los temas ideológicos que hemos enumerado en la primera sección de este trabajo, tanto con las expresiones doctrinarias como con la praxis del primer peronismo, se advierte que el hilo conductor era una tensión interna entre elementos democráticos y autoritarios. Su base de legitimidad fue el sufragio universal y las oportunidades de progreso económico y educativo para los trabajadores produjeron un acelerado proceso de integración de esos sectores en una nación concebida según criterios modernos y constructivistas. Pero el vertical liderazgo personalista, sumado a algunos rasgos esencialistas y maniqueos en la idea de nación («pueblo» versus «oligarquía») redujeron el nivel de tolerancia frente a la oposición y favorecieron las prácticas autoritarias.¹⁴

¹³ A este factor externo –como bloqueador de la democratización latinoamericana– le asignan un rol muy importante Chomsky y Herman, op. cit., 1-66; y Jan Knippers Black, *Sentinels of Empire. The United States and Latin American Militarism*, N. York/Wesport/ London, Greenwood Press, 1986.

¹⁴ Entre las fuentes más importantes para la corriente nacional populista en la Argentina –reeditadas numerosas veces por diversas editoriales– cabe mencionar en primer término las publicaciones de Juan D. Perón (a menudo basadas en sus discursos): *Doctrina Peronista* y *La Comunidad Organizada* (1949), *Conducción política* (1952), *Temas de doctrina* (1955), *Los vendepatria* (1957), *La Hora de los Pueblos* (1968) y *El Proyecto Nacional* (1974). A esto deben agregarse los polémicos ensayos de Arturo Jauretche: *El Plan Pre-*

bisch (1955), *Los profetas del odio* (1957), *Ejército y política* (1958), *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966) y *Manual de zancas argentinas* (1968). También se encuentra una práctica antología en Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 101-165, 186-230 y 426-463. En la producción historiográfica véanse Cristian Buchrucker, «Las formas autoritarias del nacionalismo y el conservadurismo latinoamericanos», en: *Revista Ciclos, en la historia, la economía y la sociedad*, N° 7, 2º semestre, 1994, pp. 198-202; y Buchrucker, op. cit. en Nota 5; Di Tella, op. cit., caps. XX y XXIII; Anibal Iturrieta, «Apuntes sobre el largo recorrido del pensamiento peronista», en: A. Iturrieta (ed.), *El pensamiento político argentino contemporáneo*, Buenos Aires, GEL, 1994.

Entre los años 50 y 70 el debate político argentino estuvo distorsionado por el intento de reducir la pugna entre peronismo y antiperonismo a la dicotomía (calcada de la Guerra Fría) entre «dictadura/ totalitarismo» y «democracia/libertad». Simplificaciones de este tipo prestan un flaco servicio a la precisión de los estudios históricos.¹⁵ Porque esto no sólo implicaba desconocer los innegables componentes democráticos en la amalgama peronista, sino también el ocultamiento de los aspectos autoritarios en la coalición antiperonista, en la cual no sólo militaban liberales y socialistas democráticos, sino exponentes del nacionalismo restaurador de simpatías franquistas y liberales de derecha, con una producción ideológica que pretendía legitimar la proscripción de las mayorías con el argumento monopólico-tecnocrático de que sólo ellos, como minoría «cultura» podían salvar la «república» amenazada por las ignorantes y violentas masas peronistas. Pero la realidad era mucho más compleja y ambigua. El efímero «segundo peronismo» (1973-76) demostró su clara evolución hacia una relación normal con muchos de sus opositores de la primera etapa (especialmente los radicales), pero también sufrió un proceso de polarización entre sus alas extremas y un debilitamiento del centro después de la muerte de Perón.¹⁶

Arturo Frondizi (1958-62) intentó construir con el «desarrollismo» una ambiciosa y nueva coalición de intereses y esperanzas, superando la antinomia «peronismo-antiperonismo» a través de una especie de neopopulismo industrializador, pero esta vez hegemonizado por la clase media intelectual y empresarial.¹⁷ La correlación de fuerzas no favoreció esta variante. El peronismo no pudo ser absorbido y los elementos tecnocráticos del desarrollismo fueron puestos al servicio de los proyectos militaristas de los años 60, culminando en la dictadura del Gral. Juan C. Onganía. Dichos proyectos representaron la versión local del fenómeno latinoamericano que hemos denominado «conservadurismo autoritario», un conglomerado basado en los siguientes postulados:

- Una opción securitista «occidental» en la Guerra Fría, reformulada en lenguaje «nacional» (una especial «misión rectora» de la Argentina en Sudamérica) y combinada con una visión geopolítica de confrontación. De tal manera el país no sólo debía dar prioridad a la «seguridad» contra la amenaza interna «subversiva» (comunista y peronista), sino contra el «peligro» chileno y brasileño en sus fronteras.

¹⁵ Un caso reciente: la pretendida coherencia de una «tradicción republicana y democrática» opuesta a otra «autoritaria» en Natalia R. Botana y Félix Luna, *Diálogos con la historia y la política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 15-16.

¹⁶ Ver Cristian Buchrucker, «Unidad y diversidad en las corrientes internas del justicialismo», en: José E. Miguens, y Frederick Turner

(eds.), *Racionalidad del peronismo. Perspectivas internas y externas que replantean un debate inconcluso*, Buenos Aires, Planeta, 1988, cap. 2.

¹⁷ Ver textos escogidos de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio en Altamirano, op. cit., pp. 290-317.

• Una adhesión retórica y débil a la «democracia», con mayor énfasis en la «república», lo que a corto y mediano plazo implicaba la transferencia de poderes prácticamente ilimitados a equipos tecnocráticos formados por militares autodesignados y algunos civiles cooptados. Para justificar este nuevo papel de las Fuerzas Armadas como élite política sustitutiva de los partidos, se desplegó un discurso que destacaba las supuestas virtudes corporativas de los militares, frente a los defectos colectivos de los civiles. A largo plazo se pensaba estabilizar constitucionalmente el poder político militar a través de una opción por el civilismo restringido.

• Un modelo social y cultural «armónico» y conformista, supuestamente basado en la «moral», el rechazo de la pluralidad y el conflicto y el logro de una rápida «modernización» económica.¹⁸

Los temas antidemocráticos son centrales y decisivos en este conglomerado ideológico. Desde el punto de vista intelectual el conjunto no era sólido, sobre todo porque contenía dos contradicciones irresueltas: 1) la que surgía de la simultánea defensa de la libertad económica y del autoritarismo político; 2) la que emanaba del intento paranoico de combinar la vieja visión geopolítica antichilena y antibrasileña con el anticomunismo global de la Guerra Fría (y finalmente con la aventura de las Malvinas en 1982). Con todo, el conservadurismo autoritario pudo tomar y retener el poder durante dos períodos de mediana duración, lo que subraya la debilidad del consenso democrático de esa época.

A partir de los años 80, se hizo cada vez más evidente que una restauración y estabilización democrática en la Argentina no podía hacerse sino sobre la base de un proceso de aprendizaje y de acercamiento mínimo de las dos fuerzas políticas mayoritarias del país: el peronismo como encarnación del populismo y el radicalismo como representación de la democracia liberal. El aprendizaje implicaba para el peronismo el abandono del maniqueísmo y su reconocimiento de que no podía representar exclusivamente a la nación o al pueblo; para el radicalismo, la toma de conciencia de que el peronismo no era simplemente un «fascismo» anacrónico, sino la fuerza hege-

¹⁸ En el pensamiento de la extrema derecha argentina de esa época se produce una fusión de las doctrinas de la «seguridad nacional» de la Guerra Fría con la más antigua corriente del nacionalismo restaurador –maurrasiano y filofranquista de la preguerra-. En ese sentido pueden mencionarse las siguientes fuentes: Gral. O. Villegas, *Guerra revolucionaria comunista* (1962); J.B. Genta, *Guerra contrarrevolucionaria* (1962); A. Falconelli, *Sociedad occidental y guerra revolucionaria* (1962); R. Puigbó et al., *La Revolución Argentina: análisis y prospectiva* (1966); Cnel. J.F. Guevara, *Argentina y su sombra* (1970); P.R. Sanz, *El espacio argentino* (1976); M. Castro

Castillo, *Fuerzas Armadas y represión* (1979); C.A. Sacheri, *El orden natural* (1979); Gral. R.G. Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria argentina, 1959-1978* (1986). Véase también una selección de textos en Altamirano, op. cit., pp. 339-425. Estudios sobre este conglomerado ideológico se encuentran en: Genaro Arriagada Herrera, *El pensamiento político de los militares*, Santiago de Chile, Ed. Aconcagua, 1986, pp. 139-154 y 169-207; Cristian Buchrucker, op. cit. en nota 14, pp. 202-204; y «El pensamiento de la extrema derecha en la Argentina», en: Ignacio Klich y Mario Rapoport (eds.), *Discriminación y racismo en América Latina*, Buenos Aires, GEL, 1997, cap. IV.

mónica en el sector asalariado. Para la maduración de esta nueva cultura política fue fundamental la experiencia vivida entre 1976 y 1983, marcada por las atrocidades inauditas de la dictadura, la derrota de Malvinas y el fracaso económico, realidades que desacreditaron totalmente el conservadurismo autoritario.

Brasil

Como las condiciones históricas que habían producido la primera experiencia populista en Brasil no habían variado sustancialmente después de 1945, hubo una segunda presidencia de Vargas, una experiencia desarrollista (Kubitschek) y un neopopulismo con Goulart. Toda esta etapa implicó una evolución prometedora hacia la democracia, truncada en 1964 por un síndrome golpista similar al del caso argentino de 1955: para muchos liberales y conservadores las tendencias «obreristas» de los populismos argentino y brasileño eran vistas como preludios y vehículos de la amenaza comunista, interpretación que recibió el decidido respaldo de la política exterior estadounidense.

El conservadurismo autoritario que los militares brasileños lograron imponer durante dos décadas ininterrumpidas, sirvió de modelo a los golpistas argentinos de 1966 y anticipó la mayoría de las características ideológicas que hemos señalado en ese caso. Como ya se ha visto, también las circunstancias genéticas eran similares. Sin embargo también hubo importantes diferencias.

En el caso argentino, la segunda versión descartó el desarrollismo industrialista de la primera y adhirió a un modelo neoliberal-monetarista que creía en el retorno a la prosperidad agroexportadora de principios del siglo. En cambio nunca se produjo un viraje antiindustrialista en el régimen brasileño, que en ese aspecto mantuvo mucha más continuidad con la cultura política de los años 50 (y más éxito en la economía real).

El militarismo brasileño hizo una adaptación más sofisticada que su par argentino a las preferencias del hegemonismo norteamericano: construyó una conducción colegiada del poder político-militar, con renovaciones periódicas carentes de dramatismo. Frente a las pretensiones mesiánicas y autocráticas de los argentinos Onganía y Galtieri, los generales brasileños parecían burócratas. Ninguna de las dictaduras militares argentinas logró crear una fachada pseudodemocrática como la de sus vecinos, en la cual el poder castrense produjo durante años un civilismo domesticado a través de dos partidos artificiales («Aliança Renovadora Nacional» y «Movimento Democrático Brasileiro») y elecciones falseadas por medio de arbitrarias exclusiones de candidatos e innumerables prohibiciones.¹⁹

¹⁹ Fuentes para el estudio del pensamiento político-militar brasileño se encuentran en: Gral. Golbery do Couto e Silva, *Geopolítica do Brasil* (1967); Gral. Adolpho J. de Paula Couto, *Segurança Interna. Guerra Revolucionária* (1971); Gral. C. de Meira Matos, *Brazil:*

Por eso no resultó sorprendente que el fin de la experiencia autoritaria en Brasil fuese menos traumático que en la Argentina, aunque también más tardío. Y en la cultura política brasileña de los tardíos años 80 y 90 no se registraron niveles de confrontación tan altos entre civiles y militares como ocurrió en la Argentina de esos años.

Chile

La crisis del frentepopulismo producida por el nuevo clima de la Guerra Fría brindó por un momento las condiciones para un intento nacionalpopulista en Chile, encarnado por el General Ibáñez. Pero se trató de una experiencia tardía y efímera: los gobiernos de centro-izquierda de los años 30 y 40 no se basaban en el fraude electoral ni habían caído en un descrédito comparable a la situación argentina que precedió al peronismo. Sí resultó interesante la experiencia de la joven democracia cristiana bajo Eduardo Frei, que de alguna manera parecía plantear una alternativa redistributiva para las clases bajas en un marco democrático. Pero ya a fines de la etapa de Frei se vieron señales de que se resquebrajaban las bases del consenso de las fuerzas democráticas chilenas. Luego, el gobierno de la «Unidad Popular» planteó reformas socioeconómicas aun más audaces que la derecha interpretó como la antesala del comunismo liso y llano. Se reprodujeron así condiciones similares a las del Brasil de 1964. Con el sangriento golpe militar de 1973 se iniciaba una larga etapa de conservadurismo autoritario. La militarización de la vida pública chilena se intentó justificar como reacción preventiva frente a una supuestamente poderosa amenaza de insurrectos marxistas, tolerados por el gobierno y controlados desde la Cuba castrista, pero los hechos demostraron luego que esta no era una situación real, sino más bien un producto del clima ideológico de la Guerra Fría.

A veces se ha exagerado la sorpresa de que esta irrupción militar pudiese ocurrir en un Chile de tan larga tradición republicana. Pero se olvida aquí que ya hubo protagonismo político castrense en los años 20 y la relativa tardanza con la que este país accedió al sufragio universal efectivo. En cuanto al régimen del Gral. Augusto Pinochet, su duración lo hizo más comparable al caso brasileño que a los dos ejemplos argentinos, pero su personalismo lo alejó de aquél. Llamativo resultó el intento de estabilizar por vías «constitucionales» un civilismo restringido por rasgos que otorgaban poderes espe-

geopolítica e destino (1975); Alfredo Amaral Gurgel, *Segurança e Democracia* (1975). Entre los estudios académicos véanse: Carqueira, Silas, «Brazil», en: J.P. Bernard et al., *Guide to the Political Parties of South America*, Middlesex, Penguin, 1973; Mario Baeza, *Nationale Sicherheit in Lateinamerika*, Heidelberg, esprint, 1981; Arriagada Herrera, op. cit., pp. 154-168 y 169-207; Alfred

Stepan, «The New Professionalism of Internal Warfare and Military Expansion», en: Abraham Lowenthal y J. Samuel Fitch (eds.), *Armies and Politics in Latin America*, N.York/Londres, Holmes & Meier, 1986; C. Buchrucker et al., «Nacionalismo y conservadurismo autoritario en la era de la guerra Fría», en: *Revista de Historia Universal*, 11, 1999, pp. 75-96.

ciales a la corporación militar más allá de la presidencia de Pinochet, intento que tuvo también admiradores en la Argentina.²⁰ Si bien esta regresión institucional no logró pleno éxito, en el tema de la preeminencia del poder civil la democratización chilena de los años 90 resultó más vacilante e incompleta que su contraparte argentina.²¹

Uruguay

Durante los años 40 y 50 la democracia uruguaya seguía manteniendo un merecido prestigio y una solidez al menos aparente. Con todo, las crecientes dificultades distributivas en una pequeña sociedad agroexportadora también aquí agrietaron las bases del consenso y revelaron la decadencia del sistema tradicional de partidos en los años 60. El desafío insurreccional planteado por los «Tupamaros», sumado a la emergencia de una izquierda independiente como tercera fuerza electoral, asustaron a los sectores conservadores y por etapas llevaron al desmantelamiento de la democracia y la instauración de un régimen militar fuertemente influido por el modelo brasileño, es decir, carente de rasgos personalistas (1973-1985). Pero el conservadurismo autoritario uruguayo fue, en su proyección de imagen y elaboración ideológica, menos arrogante, locuaz y autónomo que sus pares argentino, brasileño y chileno, lo cual no resulta sorprendente, dada la escasez de precedentes históricos de esa orientación en la sociedad uruguaya del siglo XX.

Paraguay

El caso paraguayo presenta la antítesis del uruguayo: la larga continuidad histórica de experiencias autoritarias y la debilidad de las fuerzas capaces de construir alternativas eran la clave central del régimen del Gral. Alfredo Stroessner. Ideológicamente le resultó sencillo adaptarse al discurso de la Guerra Fría, pero el tono dominante era la reivindicación de los presidentes «fuertes» del siglo XIX. Como concesión al lenguaje eufemístico preferido en el «Occidente» de la época, el stroessnerismo lanzó consignas nebulosas —«democracia selectiva»— destinadas a enmascarar la realidad del fraude electoral, la represión policial y los vínculos orgánicos entre el oficialismo (partido «colorado») y las Fuerzas Armadas. En sus inicios este régimen y su ideología parecieron ser una imitación muy conservadora de algunos rasgos del primer peronismo;

²⁰ Ver Norberto Baruch Bertocchi, *La cara civil de los golpes de Estado*, Buenos Aires, Galerna, 1988, pp. 109-112.

²¹ Fuentes representativas del conservadurismo autoritario chileno se encuentran en: Gral. A. Pinochet, *Geopolítica de Chile* (1988) y *Política, Politiquería, Demagogia* (1986); A. Lane, *Lucha ideológica en torno a la seguridad nacional* (1989). En la producción historio-

gráfica véanse: Genaro Arriagada, *Por la razón o por la fuerza. Chile bajo Pinochet*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1998; Arriagada, op. cit. en Nota 18, pp. 127-138 y 169-207; David Pion-Berlin, «The Defiant State: Chile in the Post-coup Era», en: Lowenthal y Fitch, op. cit.; Buchrucker, op. cit. en Nota 19.

con el paso del tiempo las afinidades con las dictaduras militares de la «seguridad nacional» se hicieron más notorias.

Las profundas transformaciones del panorama internacional a fines de los años 80 y la democratización de los vecinos poderosos crearon finalmente las condiciones básicas para desintegrar esta longeva dictadura personalista. Pero en la década de los 90 persistieron demasiados factores de poder y hábitos políticos vinculados a esa etapa, de manera que la democracia paraguaya sigue mostrando una fragilidad extrema.

Bolivia

En esta etapa histórica fue sin duda central la Revolución de 1952, el primer hecho del siglo XX que realmente abrió posibilidades reales para una democratización de la sociedad del Altiplano, sobre todo gracias a su fomento del sindicalismo y una reforma agraria que creó una clase considerable de campesinos indígenas propietarios. Por lo pronto la revolución fue hecha por un populismo con algunos rasgos que le dan un sello distintivo si se lo compara con sus congéneres brasileño y argentino: 1) Su base doctrinaria incluía una definición de la identidad nacional boliviana que reconocía al indígena una centralidad histórica y social que el régimen oligárquico les había negado. Ahora se afirmaba «nuestra fe en el poder de la raza indomestiza (...), en el renacimiento de las tradiciones autóctonas para moldear la cultura boliviana (...)».²² 2) Se institucionalizaron por años milicias gremiales y campesinas y se disolvió (por un tiempo) el ejército. 3) el «movimiento nacionalista revolucionario» (MNR) no tuvo un caudillo carismático sino más bien una conducción colegiada y competitiva.

Las tensiones internas en la heterogénea coalición revolucionaria iniciaron pronto su camino hacia la fragmentación y facilitaron el reforzamiento de otros sectores. En la Argentina de 1952-55 los hechos de Bolivia contribuyeron a crear el miedo de las clases propietarias y los militares de que el sindicalismo peronista adquiriese un poder armado similar al de sus pares bolivianos: tanto en La Paz como en Buenos Aires comenzó así su larga carrera la tesis de que el populismo era el caballo de Troya que albergaba una futura revolución roja, tesis que se convirtió en un tópico dominante de la extrema derecha sudamericana a partir del establecimiento del castrismo en Cuba.

Sobre esta apreciación se inició —con fuerte respaldo norteamericano— la reconstrucción de las fuerzas armadas bolivianas, como contrapeso a las milicias obreras. Entre 1964 y 1971 perduró un inestable equilibrio entre tendencias reaccionarias, la

²² Cita del Programa del MNR en: José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970, p. 172.

militancia izquierdista e intentos de buscar vías intermedias. A esa altura el populismo boliviano estaba desintegrado y debilitado, mientras que no se advertía una opción liberal-democrática con apoyos reales. Previsiblemente la balanza se inclinó hacia dictaduras militares que expresaban el conservadurismo autoritario y que tuvieron como apoyo material y modelo ideológico a sus equivalentes argentinos. El carácter relativamente efímero de esas dictaduras y el temprano inicio del proceso de democratización (1982), también acercan el proceso histórico boliviano al argentino y lo alejan de los casos brasileño, chileno y paraguayo.

2.3. Elementos para un esbozo explicativo

En las secciones precedentes se ha descrito, analizado y comparado. Pero es necesario también explicar. La primera constatación básica es que la presencia de temas antidemocráticos en la cultura política del Cono Sur más allá de 1945 no debe llevar a un reduccionismo culturalista: las ideas no tienen poder explicativo autónomo. Aquellos temas presentan escasa originalidad: todos fueron copias o reelaboraciones de modelos europeos del siglo XIX y primeros 30 años del XX. En ese sentido los sudamericanos no han sido tan «excepcionales» como a menudo se dice.²³ Para construir un esbozo explicativo es necesario mostrar al menos en sus grandes líneas las conexiones entre los conglomerados ideológicos, las constelaciones sociopolíticas (basadas en intereses relativamente duraderos) y la dinámica de las emociones colectivas (fundamentalmente la de los temores). Creemos que esas conexiones pueden aclararse a través de las siguientes tesis, basadas en estudios históricos y politológicos de alcance mundial:

- Ideologías y regímenes autoritarios arraigan más fácilmente en economías caracterizadas por la riqueza muy concentrada, mucha población no propietaria y relaciones laborales serviles.²⁴
- Las chances de la democracia (sistemas políticos competitivos con alta participación electoral) aumentan si existe en la población una amplia distribución de los modernos recursos de poder económicos y educativos. Esto puede expresarse cuantitativamente sobre la base de la combinación de datos estadísticos. Así, para el sistema político democrático la cifra mínima del índice de democratización (ID) es de 5.0. Para la distribución de los recursos de poder, índices (IRP) inferiores a 3.3 indican

²³ Un interesante estudio comparativo defiende –con argumentos no fáciles de desechar– la tesis de que hasta la Segunda Guerra Mundial, algunos indicadores socioeconómicos y realidades políticas de varios países latinoamericanos eran bastante similares a muchos países europeos: Halperin, Sandra, *In the Mirror of the*

Third World. Capitalist Development in Modern Europe, Ithaca/Londres, Cornell Univ. Press, 1997.

²⁴ Esta es la línea central de Martin C. Needler, *The Problem of Democracy in Latin America*, Lexington, Lexington Books, 1987.

condiciones sociales muy adversas para la democracia, mientras que a partir de 6.3. se ubican la mayoría de las democracias estables de los últimos 150 años.²⁵

En las coyunturas de cambio y conflicto adquiere especial relevancia la mezcla y oscilación los temores y las esperanzas dominantes en los diversos agrupamientos de la población. Los temores que crean un clima más receptivo para ideologías y dictaduras son: a) el miedo a «los de abajo» («las masas»); b) el miedo a «los de arriba» (los «oligarcas», «los capitalistas»); c) el miedo a «los de afuera» y a los interiores que son «diferentes» («imperialistas», «masones», «inmigrantes desleales a la nueva patria», «agentes de la subversión internacional».)²⁶ El clima psicológico más apto para estabilizar la cultura política democrática es la relativa debilidad de esos temores y el predominio de la confianza en que las capacidades del propio grupo, el debate y la negociación pluralista resolverá las cuestiones reales que alimentan tales miedos. Ciertos conglomerados ideológicos articulan e intensifican una combinación de miedos, mientras que fomentan los sentimientos de impotencia y la hostilidad al debate.

Si partimos de las mencionadas conexiones entre cultura, sociedad y política, la trayectoria macrohistórica de los principales conglomerados ideológicos que hemos visto en este trabajo presenta correlaciones y pautas generales bastante claras:

1. El *liberal-conservadurismo* caducó en una etapa más temprana en los países de mayor crecimiento y modernización económica, expansión de la clase media, menor peso de las relaciones laborales serviles y mayor apertura a la inmigración europea. Fueron los casos de Uruguay y Argentina, cuyos IRP pasaron, entre 1900 y 1919, de 1,2 a 1,8 y de 0,8 a 1,4. En el otro extremo de la escala no resulta sorprendente la larga permanencia en el poder de esta ideología relacionada con una fuerte dosis de temor hacia «los de abajo» en los casos boliviano y paraguayo, donde durante el lapso indicado los índices fueron de 0 y 0,1-0,2 respectivamente.

²⁵ Nos basamos aquí en los significativos aportes de Vanhanen, op. cit. en Nota 1, especialmente cap. 2. El ID combina indicadores estadísticos sobre el porcentaje de los opositores en las elecciones (competitividad) con la proporción de la población que concurre a los comicios (participación). El IRP surge de datos sobre el grado de urbanización de la población, la alfabetización, la población estudiantil terciaria, el área de las granjas familiares como parte de la superficie sembrada y el peso relativo de las pequeñas y medianas empresas urbanas en la economía.

²⁶ La centralidad de estos temores no es una interpretación caprichosa del historiador sino que se expresa elocuentemente en las fuentes mismas. Para el argentino Leopoldo Lugones (h.), el radicalismo yrigoyenista no fue sino la pretensión «de los de abajo» de

mandar a «los de arriba» (Ver C. Buchrucker, op. cit. en Nota 5, p. 33). En Chile, un intelectual conservador enjuiciaba la primera mitad del siglo con hostilidad hacia el sufragio universal, que habría dado protagonismo a «una gran masa» sin «miras definidas», produciendo «un relajamiento progresivo de la moral popular, de cuyo poco asentada». Lamentando el retroceso de la influencia de la «antigua aristocracia», del «patrón de pura sangre europea», cree ver el avance de campesinos de «bajas tendencias» y una clase media llena de «demagogos (...) a menudo de escasa sangre chilena», mientras la laicización de la educación «importada» estaría produciendo «una mutación artificial del alma colectiva». Ver Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*, México/Buenos Aires, FCE, 1948, pp. 154-155 y 158.

2. En la medida en que no lograba incrementar significativamente la distribución social de los recursos de poder, la *constelación liberal-democrática* era muy vulnerable, tanto a la crítica, como a las reacciones antirreformistas y golpistas de tipo oligárquico-autoritario. La Argentina radical del decenio del 20, con su IPR de 2,1 y el golpe militar de 1930 parecen encajar en este esquema. Pero esto no debe tomarse en sentido determinista, ya que han existido algunos (pocos) casos de democracias que lograron estabilizarse a largo plazo aun con índices RP relativamente bajos. En América Latina resulta particularmente notable Costa Rica, cuya democracia política ya pudo establecerse claramente desde la década de 1920, aunque le llevó medio siglo (hasta 1969) para pasar de un IRP de 1,1 a otro de 5,0.²⁷

3. Las *opciones nacional-populistas* aparecen socialmente como coaliciones de los estratos bajos con sectores de los niveles medios, además de un elevado protagonismo –al menos inicial– del elemento militar. Estas coaliciones y su dinámica psicosocial en general se relevaron bastante inestables, especialmente en sus «segundas» etapas de Argentina y Brasil: en el seno mismo de los movimientos y regímenes populistas se daban las tensiones entre los tres miedos que hemos mencionado arriba. Pero en general la dinámica típica del populismo se manifestó en un crónico exceso de autoconfianza (recuérdese el lema «el pueblo jamás será vencido»), lo que llevó a una subestimación de las fuerzas adversarias. Desde las diversas ópticas opositoras el populismo siempre pareció demasiado autoritario a los demócratas, demasiado estatista y distribucionista a liberales y conservadores e insuficientemente revolucionario a la izquierda. La correlación de las trayectorias populistas con los datos socioeconómicos no admite interpretaciones simplistas, aunque contribuye a corregir con una dosis de racionalidad buena parte de la polémica política de la época. El predominio ideológico y real de los populismos no causó el «atraso» o «estancamiento», aunque en los casos de Brasil y Bolivia no logró alcanzar los índices de RP más adecuados a la democracia política (entre 1930 y 59 el IRP de Brasil pasó de 0,5 a 1,2; Bolivia pasó de 0,2 en la década de 1950 a 1,7). En la Argentina resultó que durante el primer peronismo el país alcanzó el IRP que en general se correlaciona con democracias estables (del 3,4 de los años 40 al 6,3 de la década del 50).

4. El *conservadurismo autoritario* de las décadas de 1960 y 70 articuló por un tiempo dos grandes temores (frente a los «de abajo» y «de afuera») de las clases altas y medias. En este sentido fue un retorno radicalizado a la mentalidad liberal-conservadora de comienzos del siglo XX: en su núcleo, la ideología se constituyó como la

²⁷ Todos los índices RP que se mencionan en esta sección se encuentran en Vanhanen, op. cit., Apéndice 5, pp. 251-273.

legitimación y sistematización de tales miedos, en una coyuntura histórica nueva. Pero si el supuesto poder de la amenaza llegaba a perder credibilidad, se debilitaba inevitablemente el lazo principal que había unido esa coalición sociopolítica: es lo que ocurrió a lo largo de los años 80. Teóricamente un IPR relativamente alto debería haber sido una barrera para el establecimiento de estos regímenes, sobre todo según la tesis —muy difundida en los 60— de que la democracia política era una especie de subproducto natural de determinado nivel de modernidad económica. Sin embargo, la evidencia demuestra que el conservadurismo autoritario extrajo su fuerza principal de la combinación de elementos culturales provenientes de la preguerra (principalmente el nacionalismo restaurador y fascistoide), la activación de los mencionados temores sociales por la presencia de los populismos y el castrismo, todo ello en el marco de la política norteamericana favorable a las dictaduras anticomunistas. La larga duración del stroessnerismo en el Paraguay tuvo un sólido apoyo en el subdesarrollo socioeconómico (de 1950 el IPR sólo pasó de 0,8 a 1,3); pero en Argentina, Uruguay y Chile el conservadurismo autoritario logró tomar el poder sobre una base que ya era plenamente adecuada para la democracia: los índices RP de Argentina entre 1960 y 79 pasaron de 10,1 a 15, y los de Uruguay y Chile en la década de 1970 fueron de 14,1 y 6,9 respectivamente.

Esto demuestra que la cultura política tiene un considerable nivel de autonomía como factor histórico. No es simplemente el reflejo de los intereses reales de los diversos componentes de una sociedad, sino que se inserta como un factor, tanto en las experiencias educativas (formales e informales) de cada generación, como en los procesos de toma de decisiones. De allí derivan sus notables potencialidades para moldear, bloquear y distorsionar los flujos de información. En este sentido, el conservadurismo autoritario fue el conglomerado ideológico que en mayor medida que cualquier otro contribuyó a retardar el desenvolvimiento de una cultura pluralista y democrática en la Sudamérica de la segunda mitad del siglo XX.

En relación con esta cuestión clave también es necesaria una reflexión sobre el rol que jugaron las corrientes socialistas. Por un lado existió una vertiente que —en diversas manifestaciones (socialdemócratas, sindicalistas, socialcristianas)— se integró a la tarea de enriquecer el constitucionalismo, originariamente individualista, con respuestas a la problemática distributiva de la sociedad. En esa tarea actuaron a veces de manera autónoma, más a menudo en alianzas electorales con fuerzas liberal-democráticas o populistas. Su producción intelectual ha sido mucho más importante que su impacto en la política práctica. En conjunto esta opción parecía destinada a cumplir en los países más urbanizados del Cono Sur el rol de la socialdemocracia europea, pero no alcanzó un

protagonismo tan grande por la competencia de los populismos, que captaron buena parte de sus temas y de sus potenciales bases electorales a partir de los años 40.

La otra vertiente optó por una salida revolucionaria sobre la base del ejemplo cubano y desestimó muy rápidamente el análisis de las condiciones generales capaces de facilitar una salida de este tipo. En todos los casos del Cono Sur la «vía armada» fue derrotada.²⁸ Dejando de lado circunstancias específicas y equilibrios militares propios de cada país (importantes para otro tipo de estudio), queremos ocuparnos aquí de tres factores explicativos claves e interrelacionados: dos de tipo político-ideológico y un tercero económico-social. En lo que respecta al primero, el discurso de las organizaciones guerrilleras subestimó el peso de las clases medias en los países más importantes de la región: en el dualismo del esquema «opresores capitalistas» contra «pueblo trabajador» se sentía arbitrariamente deslegitimada la mayoría de los pequeños propietarios y profesionales. En lo político sobreestimaron su capacidad de captar las masas de asalariados que se encontraban integradas en la amalgama populista (aquí fue paradigmático el fracaso de los «Montoneros» argentinos entre 1973 y 76). Y en tercer lugar, nunca se enfrentaron intelectualmente al duro hecho de que todas las «vías armadas» exitosas que influían en su ideario lo fueron en sociedades caracterizadas por un capitalismo mucho menos desarrollado. La Rusia de 1910-19 tenía un IPR de 1,2; la China de 1940-49, uno de 0,7; el Vietnam de 1950-59, uno de 1,0; y la Cuba de esos años, uno de 1,8. En ninguna parte del mundo hubo un partido de tipo leninista que conquistase el poder en un país de IRP superior a 2. Para las décadas de expansión de la «vía armada» recordamos que los índices de Argentina, Chile y Uruguay se encontraban muy por encima de aquellas situaciones revolucionarias.

Lo que se ha dicho hasta ahora tiende a fortificar la tesis de que no es ninguna misteriosa y multiseccular «esencia» de la cultura «ibérica» la que puede explicar satisfactoriamente la fuerza de las ideas y regímenes antidemocráticos en Sudamérica, sino más bien una constelación de factores que también pueden encontrarse en otras partes del mundo. Esto no quiere decir que la perspectiva ibérica sea enteramente irrelevante para la cuestión. Creemos que las trayectorias históricas de España y Portugal revelan las siguientes cinco realidades que han tenido considerable importancia para el desarrollo de la cultura política sudamericana.

²⁸ Véase para este tema: Robert F. Lamberg, *Die Guerrilla in Lateinamerika*, Munich, dtv, 1972; Peter Waldmann, «Vergleichende Bemerkungen zu den guerrilla-Bewegungen in Argentinien, Guatemala, Nicaragua und Uruguay», en: Klaus Lindenberg (ed.), *Lateinamerika. Herrschaft, Gewalt und Internationale Abhängigkeit*,

Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1982; Daniel Pereyra, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid, Los libros de la catarata, 1994; H.C.F. Mansilla, «Partielle Modernisierung und politische Kultur des Autoritarismus in der Peripherie», en: *Politik und Gesellschaft*, 1, 1995, pp. 19-28.

a. *El retraso histórico de la alfabetización masiva y de la revolución científica, comercial e industrial.* Las naciones de raigambre ibérica quedaron retrasadas en lo que hace a estos aspectos a partir del siglo XVII en relación con los países de Europa noroccidental. Existe clara evidencia de que ese retraso siguió teniendo efectos en las estructuras educativas y sociales españolas y latinoamericanas hasta el siglo XX, produciendo dificultades para el arraigo y difusión de una mentalidad crítica, empirista y racionalista. Con una escasa dosis de esos rasgos cualquier cultura política se mantiene bastante vulnerable a las concepciones tradicionalistas y esencialistas de la legitimidad y la identidad nacional, lo que a su vez facilita la recepción de propuestas autoritarias.²⁹

b. *Alguna similitud en las condiciones socioeconómicas del temprano siglo XX.* Entre 1900 y 1929 España pasó de un IRP de 1,0 a 2,3; Argentina lo hacía de 0,8 a 2,1. El hecho de que en ambos países las reacciones antidemocráticas resultasen fuertes no sorprende. Si se considera que Portugal no logró evitar la larga dictadura de Salazar, partiendo de un IRP de 1,1 en la década de 1920 y terminando recién en 1974 con uno de 5,9, resulta aún más explicable la duración de Stroessner en un Paraguay que hacia 1980 aún estaba en un índice de 3,7.

c. *La influencia de modelos ideológicos de una orilla del Atlántico sobre la otra.* El pensamiento tradicionalista español de comienzos del siglo XX tuvo documentada influencia en prácticamente toda la derecha intelectual latinoamericana. Más adelante los precursores y apologistas del salazarismo portugués y del francofalangismo encontraron discípulos en Argentina, Bolivia, Brasil y Chile, fundamentalmente entre los nacionalistas restauradores y los conservadores autoritarios.³⁰ Muchos de los temas de las dictaduras sudamericanas de la «seguridad nacional» se encuentran prefigurados en los escritos y las prácticas de los regímenes de Salazar y Franco. En algunos casos —como las referencias elogiosas para el «caudillo» español en funcionarios de la dictadura de Onganía (1966-70) y en boca del Gral. Pinochet— tales influencias fueron abiertamente reconocidas.

d. *La cuestión de la democracia en el contexto cultural católico.* Un factor de considerable influencia social, que también incluyó a los países de la Cuenca del Plata, fue la intensa identificación de la jerarquía católica con el bando «nacional» de la Guerra Civil Española y por esa vía, el mantenimiento de una gran receptividad para las

²⁹ Se trata de un tema que incomoda a muchos, pero que necesita mucha más discusión e investigación. La tesis básica se encuentra en Mario Bunge, *Sistemas sociales y filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, cap. 8. Aporta datos importantes al respecto Emmanuel Todd, *La invención de Europa*, Barcelona, Tusquets Editores, 1995, pp. 139-161.

³⁰ Para el caso argentino véanse perspectivas diferentes en Buchrucker, op. cit. en Nota 5, pp. 165-174 y 179-184; y Enrique Zuleta Álvarez, *España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica*, Avellaneda, Ed. Confluencia, 2000, caps. 8-13.

doctrinas políticas de la derecha autoritaria que se mencionaron en el punto anterior. El clima intelectual predominante en el catolicismo de la primera mitad del siglo XX fue hostil a la democracia, aunque las exitosas experiencias democristianas de Alemania Federal e Italia después de 1945 comenzaron a delinear un modelo católico alternativo al que seguían sosteniendo las dictaduras portuguesa y española.³¹

e. *La gran transformación de las décadas de 1960 y 70.* La conexión sociocultural católica e iberoamericana facilitó en ese lapso un profundo cambio de las condiciones señaladas en los puntos c) y d). En primer lugar se produjo una decisiva pluralización y apertura del pensamiento político y social de la Iglesia: Juan XXIII aceptó el sindicalismo no confesional (*Mater et Magistra*, 1961) y apoyó la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de la ONU (*Pacem in Terris*, 1963); en *Gaudium et Spes* (1965) el Concilio Vaticano II proclamó explícitamente su opción por la democracia y en 1967 Paulo VI incluyó el tema del subdesarrollo y del Tercer Mundo en el discurso oficial de la Iglesia. Las posiciones integristas y autoritarias dejaron de contar a partir de entonces con un respaldo que habían creído inmovible.³² La democratización de Portugal y España (1974-78), fue el segundo golpe que sufrieron dichas posiciones, que también en el Cono Sur solían declamar la supuesta «incompatibilidad cultural» de la democracia con los pueblos de raigambre hispánica.

3. BALANCE DE UN SIGLO:

¿FIN DE LA CULTURA POLÍTICA ANTIDEMOCRÁTICA EN EL CONO SUR?

La época iniciada a mediados de los años 80 y madurada en los 90, estuvo marcada por una serie de rasgos que parecieron justificar las grandilocuentes proclamas —regionales y extranjeras— relativas a un triunfo «definitivo» y total de la cultura política democrática. Los herederos del populismo ahora se encontraban funcionando en el marco de sistemas electorales sin exclusiones y sin fraude, habiendo logrado una convivencia competitiva con sus antiguos opositores. Las minorías autoritarias y violentas habían sido segregadas y empujadas hacia los márgenes de la vida pública; el menosprecio de la «democracia formal» había sido reemplazado por una revalorización de las instituciones y una saludable centralidad del tema de los derechos huma-

³¹ Sobre los sectores de la sociedad argentina que se inspiraron en el modelo «nacional-católico» español, véanse: Mónica Quijada, *Aires de República, aires de Cruzada. La guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai eds., 1991; E. Piñero, *La tradición nacionalista ante el peronismo*, Buenos Aires, A-Z Editora, 1997; Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Quilmes, UNQui, 1996 y *Perón y el*

mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-46, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

³² Véase Cristian Buchrucker y Susana Dawbarn, «Los desafíos ideológicos», en: Julio Aróstegui et al., *El mundo contemporáneo: historia y problemas*, Buenos Aires/Barcelona, Biblos/Crítica, 2001, pp. 619-620.

nos. Docentes, investigadores y periodistas liberados de la censura contribuyeron a demoler, en aulas, universidades y medios masivos de comunicación las piezas claves del discurso dogmático e intolerante que había esterilizado el debate político y cultural durante buena parte del siglo XX.

Revisemos por un momento algunas de esas piezas. En primer lugar un conjunto de tópicos que se caracterizan por su incurable ambigüedad y vaciedad de contenido:

- El «orden natural», «el ser nacional», el «interés nacional». Todas estas frases expresaban la concepción organicista de la legitimidad y de la identidad nacional, pretendiendo ocultar el carácter relativo, sectorial y discutible de cualquier orden o propuesta política.

- El «principio de autoridad». Frase favorita de los dictadores para oscurecer la filosofía democrática que parte del principio de los derechos de las personas, siendo la autoridad una construcción social siempre necesitada de controles críticos y cuyo valor es meramente instrumental, como marco protector de esos derechos.

- «La Revolución». De uso tan ubicuo que terminó por rotular cualquier cosa en esta parte del mundo: populistas, socialcristianos, conservadores autoritarios e insurgentes marxistas reclamaban para sí la palabra mágica: en el camino quedaron muchas reformas necesarias y factibles, pero también más compatibles con un consenso mayoritario y con la realidad de las aspiraciones «pequeñoburguesas» de los sectores medios y la mayoría de los trabajadores (pero despreciadas por las vanguardias mesiánicas).³³

Luego están los tópicos que pueden llamarse *de la ilusión sustitutiva*:

- «Dios Patria y Hogar» El lema favorito del nacionalismo restaurador que pretendió expulsar del ámbito público la auténtica problemática política (quién tiene cuánto poder y qué hace con el mismo) para reemplazarla por un mítico trilema de representaciones religiosas, sentimentales y hogareñas, poco polémico para muchos iberoamericanos pero incapaces de generar programas o soluciones concretas.

- «La cultura espiritualista y heroica hispánica», como «reserva moral» de un «Occidente» amenazado por el «materialismo» anglosajón y marxista. Un tema que recorrió todo el siglo y cuya difusión no quedó reducida a los conservadores autoritarios, fue una especie de droga intelectual para aliviar el resentimiento causado por la visible superioridad científico-tecnológica, económica y militar de otras potencias. Bastante tardíamente ha ido creciendo la percepción de que el éxito en esas últimas actividades no tiene sustitutos de ninguna clase.

³³ Al generalizado (pero subestimado) rol de esas aspiraciones en *cultura nacional y otros ensayos*, Selección de Luis A. Romero, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 75-85.
 ya alude con aguda visión José Luis Romero, *Las ideologías de la*

Por último, los tópicos del *reduccionismo maniqueo*:

• «Pueblo contra oligarquía». La clásica simplificación populista, que ya bloqueaba la percepción de la pluralidad de sectores sociales y opciones políticas. Este dualismo no se alejaba mucho de la realidad en la Bolivia de 1952, pero no respondía al escenario argentino de esa década. También la izquierda insurreccional de los años 60 y 70 se apropió de esta clase de dualismo ilusorio. Un correlato del mismo se dio en el campo del debate cultural, con disyuntivas tajantes como «pensamiento nacional o pensamiento colonial».

• «Seguridad nacional contra subversión» y su corolario, el de la «dictadura salvadora» como «única alternativa» frente a la revolución populista-comunista y la supuesta «debilidad de las democracias». Tesis favorita de la extrema derecha desde los años 20 hasta comienzos de los 80 y justificación central de la opción militarista-contrarrevolucionaria para la configuración de las relaciones entre militares y civiles. Haciendo un verdadero alarde de falsificación histórica pretendió ocultar el hecho de que todas las revoluciones comunistas victoriosas tuvieron como suelo nutricio a regímenes autoritarios o coloniales de tipo conservador.

¿Esto significa que podemos decretar el fin de la cultura política antidemocrática en esta parte del mundo? Tal optimismo resulta algo prematuro. Que ese conglomerado de ideas, intereses y temores ha sufrido un debilitamiento de una magnitud que no tiene precedentes parece ser seguro; no así la creencia que no cuenta con posibilidades de resurgir con algunas adaptaciones a los nuevos tiempos. El experimento neo-autoritario de Fujimori en Perú ha mostrado alguna de las formas en que esto podría suceder, y también se le puede abrir un peligroso camino a través de polarizaciones sociopolíticas tan duras como la actual en Venezuela. El desempeño de los partidos democráticos en la última década ha sido bastante mediocre, produciéndose una pérdida de credibilidad de las dirigencias. Persiste una gran brecha entre ganadores y perdedores, integrados y marginados de la «globalización», brecha que es el mejor caldo de cultivo para un incremento del narcotráfico, la criminalidad común y la protesta callejera. Una conjunción crítica de estos fenómenos bastaría para reavivar los miedos (especialmente en las clases propietarias) y su expresión ideológica: el tema tecnocrático de la legitimidad antidemocrática y el tópico de la «seguridad nacional contra la subversión». Creado ese clima de opinión, la experiencia histórica demuestra que resultaría difícil impedir la expansión descontrolada del

³⁴ Véanse Cristian Buchrucker, «La democracia en Latinoamérica y 101-110; y Liliána Cattáneo y Lucas Luchillo, «América Latina (1914- las tendencias macrohistóricas de nuestro tiempo», en: *Estudios*. 1990)», en: Aróstegui et al., op. cit., pp. 781-782. *Filosofía práctica e historia de las ideas*, 1, diciembre, 2000, pp.

poder del aparato policial, los servicios de inteligencia y los grupos de presión económicos a costa de las libertades públicas. En suma: en nuestros días no se volvería a la vieja práctica de los golpes militares con proclamas arrogantes, sino se seguiría un camino más sinuoso, siempre disimulado por la verborragia democrática, mientras se produce el vaciamiento de las instituciones para dejarlas reducidas a meras democracias ficticias o de «fachada». ³⁴ Pero además esta problemática trasciende el ámbito geográfico del presente trabajo: en el plano de la política mundial, la reciente proclamación norteamericana de una especie de «cuarta» guerra mundial —esta vez contra el terrorismo e incluyendo la reivindicación de la doctrina de la guerra preventiva, de nefasta memoria— no constituye una buena señal para el fortalecimiento de la cultura democrática en el siglo XXI.

Registro bibliográfico

BUCHRUCKER, CRISTIAN

«Temas antidemocráticos e identidad nacional en la cultura política del cono sur. Un panorama comparativo de seis trayectorias históricas del siglo XX», ESTUDIOS SOCIALES, *Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, N° 27, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre 2004 (pp. 115-143).

Descriptores · Describers

cultura política / ideologías / Cono Sur / siglo XX / historia comparativa

political culture / ideologies / Southern Cone / XXth century / comparative history